

Santiago, 10 de Febrero de 1982.

Señor
Eugenio Ortega y Sra.
Presente

Muy estimados Carmen y Eugenio:

Prefiero enviarles a Uds. estas líneas, con el ánimo de no recargar aún más la tarea de la señora Maruja de leer tanta y tanta carta que estará recibiendo para expresarle pena, solidaridad y angustia.

Todos sentimos la tremenda ausencia del Presidente. Muchos ya han descrito esos valores que él tenía y que eran las razones para amarlo como a un padre y admirarlo como un guía.

En verdad, quisiera referirme ahora no tanto a él, en lo que fué y seguirá siendo para todo Chile y su pueblo, sino al verdadero legado que nos deja: su familia.

Ví entrar a la Catedral a la Sra. Maruja, seguida de sus hijas e hijos. Me quedé como helado de emoción al ver tanto señorío, tanta dignidad, tanta pena y tanta fortaleza.

No borraré el recuerdo de esa escena que talvez el Presidente la vió desde lo alto y se sintió orgulloso, al igual que los otros que asistimos.

Por favor, díganle a ella de nuestra admiración y simpatía. Todas sus actitudes; la de Carmen en Pudahuel; la de Eduardo esa mañana en la Catedral, son realidades que nos quedan como un gran legado del Presidente: una familia a quien respetar como símbolo de la grandeza de todo un pueblo.



PATRIMONIO UC